1

SALTO DE FE

—No tienes sombra —me informa Martina, mirándome primero a los pies y después de nuevo a los ojos.

Lo compruebo y, en efecto, mi amiga tiene más razón que un santo. Gracias al sol de la tarde que tenemos justo encima de la cabeza, parece que mi sombra casi ha desaparecido. Es una observación sutil; un fenómeno del que no te darías ni cuenta a menos que lo buscases y, aun así, Martina lo ha señalado con una sonrisa de emoción.

Por supuesto, un examen más profundo revelaría que mi sombra, aunque pequeña, sigue ahí. Hawái es el único estado donde tu sombra desaparece por completo y este acontecimiento poco común solo ocurre dos veces al año. Se llama *Lahaina noon.*

Sin embargo, no se lo digo.

Pienso en preguntar por qué Martina está tan entusiasmada por ese descubrimiento fallido —un descubrimiento que se desmorona a la mínima inspección directa—, pero enseguida me doy cuenta de que no hace falta. Yo también me doy cuenta de las pequeñas cosas que hace Martina, como si apuntara todas las pequeñas peculiaridades del mundo, aunque nadie más lo considere digno de comentario. Hay muchas piezas preciosas en el gran rompecabezas de Dios y te las puedes perder si no miras con atención.

—Sí, supongo que tienes razón —concedo.

—Como Peter Pan —continúa Martina con una sonrisa que se ensancha cada vez más en su cara pecosa.

Con cualquier otra persona, esta amabilidad excesiva podría indicar un toque de sarcasmo que acecha en algún lugar tras sus enormes ojos verdes, pero yo sé que no es así. Al menos, eso espero.

Asiento mientras sonrío felizmente a pesar de encontrarme en las antípodas de la cultura popular sin entender ni papa de lo que me está contando. Nunca he leído el libro ni he visto una película relacionada con esta historia antigua de motivos cuestionables. Se ve que hay cierto *encantamiento* de por medio, así que prefiero mantenerme lejos de la historia; muy lejos.

Durante un breve instante, me planteo contarle a Martina que no debería leer ese tipo de cosas, que la única magia que necesita es el amor de Cristo, pero me entra la duda.

Ya he tenido este tipo de conversaciones antes e, incluso en un pueblo tan temeroso de Dios como Neverton, hay pocos que quieran escucharlas. La mayoría de los cristianos son amables, pero en cuanto empiezas a restregarles estas pequeñas indiscreciones por la cara, se ponen de los nervios.

Lo último que quiero es que Martina se ponga de los nervios.

—¿Tuviste que leerlo en primero? —pregunta al reparar en la expresión apurada que tan desesperadamente quiero evitar.

Niego con la cabeza.

—No —respondo con rotundidad y sin dar más explicaciones.

La verdad es que sí que me acuerdo de que nos mandaron leer *Peter Pan* en clase de Lengua y recuerdo los trabajos que acompañaron a este cuento clásico secular de James Matthew Barrie. Podría contarte fácilmente dónde nació el autor (Escocia), cómo murió (neumonía) o incluso decirte que mató a un personaje igual de profano e impío, Sherlock Holmes, en un relato corto no canónico mucho antes de que *sir* Arthur Conan Doyle tuviera la oportunidad.

Estos datos sobre el autor crean una ventana a su obra, no una puerta. Y es una ventana por la que nunca he entrado.

De manera intencionada.

—¿No estabas en mi clase? —continúa Martina—. Creía que todo el mundo lo había leído.

Una vez más me ponen a prueba y llego a esa encrucijada que tan bien conozco de lo mucho, o no, que debería contar.

Amo a Jesús, de verdad, pero Jesús querría que fuese guay. Fijo que querría que Martina pensase que soy molona.

A fin de cuentas, el Reino del Pinar se fundó sobre una base práctica.

Lo que me trae de nuevo a esta conversación y a darme cuenta de que llevo callada demasiado rato. Necesito una respuesta que apacigüe tanto a una compañera como al buen Dios de ahí arriba, mientras camino con dificultad por el filo entre la verdad de mis convicciones profundamente arraigadas y la apariencia relajada de una chica perfectamente normal.

Porque no todos los chavales del Reino son bichos raros.

—No creía que... A ver... —titubeo intentando buscar una excusa, pero me quedo en blanco mientras mi mente da vueltas y vueltas—. Mis padres no querían que lo leyese —respondo al final, con la verdad por delante y sin pensar en las consecuencias; que salga el sol por donde quiera—. Por la magia, ¿sabes?

Los ya enormes ojos verdes de Martina se abren aún más de la sorpresa.

—Un momento, ¿lo dices en serio? —suelta.

Su expresión no es la que esperaba; parece embargada por un entusiasmo repentino y un interés auténtico. Ahora me doy cuenta de que puede que esté impresionada por esta objeción moral y mi mente empieza a acelerarse mientras me pregunto si está orgullosa de mí.

Bueno, no en un sentido de orgullo pecaminoso, pero... algo así.

Conozco a Martina desde hace mucho tiempo, aunque hace poco que hablamos de una forma más cercana. ¿Podría tener convicciones afines a las mías? ¿Podría ser este el comienzo de la amistad profunda y auténtica que tanto llevo esperando?

—Qué fuerte —dice Martina al final, lo que me hace pisar el freno proverbial de mi entusiasmo casi de inmediato—. Eso es muy jodido, Rose. Siento mucho que tus padres estén tan chalados.

No puedo evitar asentir como si los músculos de mi cuello hubieran cobrado vida propia.

—Sí —respondo poniendo los ojos en blanco—. Muy… jodido. En fin…, padres.

En cuanto esas palabras salen de mi boca siento una punzada de arrepentimiento, un pinchazo de culpa que me recorre la espalda cual recordatorio pecaminoso. El ojo vigilante de Dios se ha dado cuenta.

Sin embargo, Martina sonríe y, de repente, este arrepentimiento se transforma en otra cosa: una oleada de alegría que contrarresta el veneno sagrado como el antídoto ANAVIP en el torrente sanguíneo de alguna pobre alma que se ha topado con una víbora pentecostal.

«Tengo que dejar de andar con serpientes».

—Bueno, te veo abajo —dice Martina.

De repente, mi amiga se gira y empieza a correr, esprintando con los pies descalzos por la corta pista empedrada. Es como si el universo paralizado comenzara a moverse de nuevo: el crujido de los árboles y el chapoteo del agua muy, muy abajo, me llenan los oídos.

Los demás chavales que se han congregado en estos acantilados observan con asombro y el pelo húmedo y enmarañado, mientras se secan rápidamente con la toalla antes del siguiente salto audaz. Aquí todo el mundo está acostumbrado a ver cómo los saltadores se toman su tiempo antes del gran espectáculo, apostados al borde del acantilado durante un buen rato y mirando al fondo como si se plantearan darse por vencidos. Por supuesto, una vez que han llegado al saliente rocoso, no suelen recular y todo espectador lo sabe. Todo forma parte de la actuación: un maestro de ceremonias temporal que reúne tantas miradas como le es posible antes de correr hacia el borde y lanzarse al vacío. Se zambullen en el agua helada con una enorme inmersión, seguida de los vítores emocionados de sus temporales, aunque devotos, seguidores.

Martina no necesita nada de eso.

—¡Joder! —grita al saltar desde las rocas, lanzando el cuerpo hacia delante y agitando los brazos y piernas en el aire. Alcanzo a ver el momento exacto en que la gravedad se apodera de su cuerpo, lo agarra con fuerza y, después, tira de él hacia abajo en un cambio brusco de trayectoria que enorgullecería al mismísimo Newton.

Pierdo de vista los largos rizos cobrizos de Martina mientras cae, pero me da mucho miedo acercarme al borde y verla precipitarse. Unos segundos más tarde de desaparecer de la vista, se oye un fuerte chapuzón, seguido del estallido de júbilo de la multitud. Los aplausos resuenan por el bosque que nos rodea y fluyen entre los árboles como el agua.

Con cuidado, me acerco al borde y miro la poza que hay debajo; el agua oscura todavía ondea tras la inmersión de Martina. Hay varios bañistas tumbados en la orilla cercana en distintos estados de desnudez —y muchos menos tapados de lo que me gustaría— y hay un grupito flotando por el borde exterior de esta impresionante piscina natural.

Es un día caluroso en Montana, así que las cascadas están llenas.

Sigo mirando, esperando a que Martina salga a la superficie mientras se me dispara la frecuencia cardíaca de forma innecesaria. Ha saltado cientos de veces y parece que ninguna de ellas ha acabado en desastre hasta ahora. No hay una razón lógica para que Martina tenga problema alguno esta vez, pero mientras miro fijamente la superficie reflectante del agua, siento que la semillita del miedo se me instala en la boca del estómago.

Por algún motivo, me he dado cuenta de que me preocupo demasiado por cómo le van las cosas. Y me siento un pelín… rara.

Una ola de alivio me invade cuando Martina sale a la superficie, inhala una gran bocanada de aire y agita la melena roja de un lado a otro. Empieza a nadar con elegancia por el agua, dirigiéndose a la orilla.

Desde aquí arriba veo cómo se mueve su cuerpo bajo una luz completamente distinta, avanzando hacia delante con una elegancia

majestuosa. Parece una rana al batir las piernas, pero esa comparación suena un poco atrevida e inapropiada, ya que Martina no es nada de eso.

—¿Vas a intentarlo? —me pregunta con brusquedad una voz por detrás, que interrumpe mi atención y me corta la respiración.

Me giro y veo a mi amigo Isaiah, cuyo torso desnudo está ya muy bronceado en este sol de la tarde. Lleva el pelo todavía empapado del último salto y no me cabe duda de que le encantaría volver a saltar desde el acantilado. Sin embargo, Isaiah se ha tomado un descanso de sus propias locuras para fomentar mi desarrollo como futura temeraria.

—Pues me lo estaba pensando —admito.

Isaiah esboza una sonrisa.

—No es tan difícil como parece. A ver, solo estamos a diez metros de altura. No vas a morir.

—Murió gente saltando aquí en 1977, 1980 y 2016 —le comento—. Así que… es posible.

—Oh —responde él y se le deshincha el entusiasmo como un globo. Entrecierra los ojos y adopta una expresión confundida, como si se las viera con una inesperada sensación de inseguridad.

La velocidad media de una inmersión es de cuatro metros y medio por segundo, de modo que una poza de entre tres y cuatro metros y medio podría dejarte paralizado en menos de un segundo.

No se lo digo, claro.

—Aun así, no vas a morir —le aseguro—. Las probabilidades de una lesión mortal son fenomenalmente bajas. Eso sí, si quieres aumentar tus probabilidades de supervivencia, procura tirarte de pie, no de cabeza.

Isaiah asiente mientras le ayudo a reconducir sus pensamientos.

—Además, Dios te está protegiendo —continúo.

Isaiah me regala una amplia sonrisa al más puro estilo norteamericano. Mi amigo extiende el brazo y me pone una mano en el hombro en un gesto de reafirmación. La deja ahí más tiempo del que habría esperado.

—Amén.

Finalmente, suelto una risa nerviosa y mi amigo aparta la mano.

—Veámoslo, pues —dice Isaiah, señalando el borde del acantilado con la cabeza—. A ver de qué eres capaz, Rose.

Isaiah retrocede e indica a los otros chicos que dejen paso. Ellos esperan y se detienen a observar: me miran fijamente, expectantes por el salto que se avecina.

Nueve de cada diez accidentes suceden cuando la gente juega cerca del borde del agua, no cuando están concentrados en el salto.

Me quito el vestido largo, lo dejo a un lado y me quedo con el bañador negro más recatado que he encontrado por internet. Sin embargo, a diferencia de Martina, aún no me siento lo bastante cómoda como para lanzarme al vacío sin antes echar un buen vistazo hacia abajo.

Sé que no pasará nada, que la mayor parte del peligro no es más que una ilusión, pero que mi cerebro entienda esto es una cosa y que mi cuerpo reaccione de forma adecuada es otra muy distinta. El corazón me late fuerte en el pecho mientras un cosquilleo crepitante se abre paso por mi piel.

«Este es tu instinto de lucha o huida. Tu sistema nervioso simpático está liberando catecolaminas y te hace ser hiperconsciente de lo que te rodea».

La solución, por supuesto, es la reflexión y la oración.

Me detengo un momento a observar la escena y me fijo en el rostro de la gente que hay alrededor de la poza. Al otro lado, en el acantilado de enfrente, hay más personas observándome con entusiasmo y anticipación.

«El Señor es mi luz y mi salvación, ¿de quién podré tener miedo? El Señor defiende mi vida, ¿a quién habré de temer?».

Algunos vienen aquí a saltar; otros solo quieren formar parte de algo. Mientras el curso termina y nos preparamos para saltar desde nuestro acantilado metafórico hacia la adultez, es fácil que te coman los nervios. Todos fingimos que estamos en pleno verano y

que somos libres por fin, a pesar del hecho de que mañana volveremos a la rutina típica del lunes.

Tengo la sensación de que estoy viviendo lo que algún día será un grato recuerdo.

Con ese pensamiento en mente, le ordeno a mi pie que dé el primer paso hacia el borde.

Mi cuerpo se niega a moverse.

—El Señor es mi luz y mi salvación —repito. Respiro hondo y vuelvo a centrarme una vez más, dispuesta a obligar a mi cuerpo a ir hacia delante.

Aún nada.

Me quedo inmóvil mirando a un mar de compañeros en el acantilado de enfrente mientras ellos observan este curioso pulso entre mente y cuerpo.

—No está tan mal una vez que empiezas a correr —dice Isaiah desde atrás—. Cuando llegues al borde, la parte más difícil ya habrá pasado.

Sus palabras son amables y agradezco el voto de confianza, pero en un sentido práctico no me sirve de absolutamente nada. Muestro un comportamiento de parálisis de manual e Isaiah no tiene más control sobre mi amígdala basolateral que yo.

De repente, interviene otra voz familiar, vitoreando como un entrenador de béisbol desde el banquillo.

—¡Vamos, Rose!

Miro y veo que Martina ya ha vuelto a subir; está empapada y se ha ceñido una toalla al cuerpo. Nuestras miradas se encuentran y me sonríe con cariño, lo que derrite de forma inmediata la ansiedad y el miedo que me había paralizado con su gélido agarre. Me guiña un ojo.

Le devuelvo la sonrisa, paladeo la sensación un instante y luego centro mi atención de nuevo en el acantilado.

Con unos ánimos renovados, preparo el tercer intento para obligarme a avanzar, pero antes de que tenga la oportunidad, mi mirada se posa en algo extraño al otro lado del barranco. El otro

extremo de los acantilados está bastante cerca, a unos doce metros, y cuenta con un pequeño salto de agua que se abre paso por el medio en una cascada interminable. Algunos compañeros, y sus trajes de baño coloridos, hacen cola en el borde de enfrente, pero hay otra figura escondida en el bosque que observa con una intensidad estoica.

Entorno un poco los ojos mientras me esfuerzo por descifrar si mis ojos me están jugando una mala pasada entre las sombras del bosque.

Plantada entre la arboleda hay una mujer inquietantemente pálida. Su pelo, largo y negro, cuelga de manera lánguida sobre su rostro y alrededor de sus hombros huesudos. Parece que me está mirando directamente a mí, pero es difícil saberlo porque sus ojos no tienen iris ni pupilas. En las cuencas solo veo un color blanco sólido.

La mujer está sonriendo con una expresión congelada y tiene los dientes manchados de algo marrón oscuro y negro. Los dientes están torcidos y son largos como si sus encías se hubiesen retraído para conferirles una longitud antinatural.

Y, a pesar de todo esto, lo más extraño de esta mujer es lo que lleva puesto: un polo rojo intenso con una etiqueta blanca en el pecho. Es el tipo de atuendo que esperarías verle a alguien que viene a arreglarte el wifi o que te indica el pasillo que buscas en el hipermercado. También lleva una gruesa correa metálica alrededor del cuello, apretada como si fuese un collar, y pantalones caqui.

—Esto…, ¿te has fijado? —le pregunto en voz baja a Isaiah sin apartar la mirada de la mujer del bosque.

Al otro lado, nadie parece darse cuenta de esta figura peculiar, aunque está a menos de tres metros en la maleza que tienen detrás.

—¿En qué? —pregunta Isaiah.

Señalo al otro lado de la poza, pero según Isaiah sigue mi gesto, la mujer inquietante se funde con el bosque frondoso de Montana y desaparece tan rápido como ha aparecido.

Miro detenidamente las sombras para intentar verla, sin éxito.

—Ahí había una mujer —continúo—. Parecía… un poco rara.

—¿Rara en qué sentido? —pregunta.

—No lo sé —respondo y sacudo la cabeza como si este gesto inútil me pudiese devolver la claridad. La verdad es que no tengo la intención de montar una escena por una pobre mujer mayor que da un poco de… miedo.

Tal vez está enferma o algo.

—A lo mejor era la madre de alguien que ha venido a ver si su hijo está bien —sugiero, ofreciéndome esta explicación más a mí misma que a Isaiah.

—La verdad es que no veo nada —dice arrepentido de corazón. Después baja la voz un poco y añade—: Oye, si no quieres saltar, no pasa nada.

Alguien se pone a nuestro lado: una chica que no conozco y que está ansiosa porque avance la fila.

—¿Vas a saltar? —pregunta, visiblemente molesta.

Miro a mi alrededor y veo que se ha formado una cola detrás de mí. La gente está esperando su turno mientras yo miro a la nada y dejo que fluya mi imaginación.

—Ay, lo siento —balbuceo mientras me aparto de la fila.

Martina no es tan receptiva.

—Córtate un poco, anda, que se está preparando —le suelta mi amiga, enfadada, a mi lado.

Alejo cualquier pensamiento de esa mujer tan particular del bosque, o de la altura de este salto, o del hecho de que el instituto está terminando y la vida me está esperando con sus fauces bien abiertas como la ballena que se preparaba para engullir a Jonás. En lugar de eso, me centro en el simple acto de poner un pie delante del otro.

Lanzo una última mirada a Martina, a punto de dar el paso, cuando algo sorprendente y cálido se desliza entre mis dedos.

Bajo la mirada y veo que Isaiah me está cogiendo de la mano en un gesto inesperado de amistad.

—Saltaremos juntos —me propone.

Estaba a punto de saltar sola, pero un poquito más de apoyo no me viene nada mal.

Un extraño arrullo escapa de los labios de todos los que observan, un sonido que no estoy segura de cómo interpretar, mientras las expresiones se transforman en sonrisas cómplices y las miradas circulan entre este lado del acantilado y el siguiente.

Empiezo a recitar un breve versículo para mí misma y me repito en una anticipación silenciosa:

—El Señor va delante de ti. Él estará contigo y no te dejará ni desamparará. El Señor va delante de ti. Él estará contigo y no te dejará ni desamparará.

—A la de tres —proclama Isaiah—. Uno. Dos. ¡Tres!

Nos lanzamos a la carrera por la pequeña pista de despegue y nuestros pies retumban contra el camino de tierra hasta que ya no queda suelo por el que correr. Me impulso con mi último paso y me lanzo al aire, incapaz de contener un largo grito, mitad miedo, mitad entusiasmo .

Quedan unos pocos momentos inigualables de instituto, pero esto me parece la cumbre del verano.

Un cosquilleo eléctrico me recorre entera cuando la gravedad se apodera de mí e Isaiah y yo nos precipitamos hacia la profundidad azul que tenemos debajo. Es una sensación extraña que mi cerebro se esfuerza por analizar y diseccionar de forma inmediata, pero antes de tener la oportunidad de entenderla por completo, mi cuerpo atraviesa el agua fría.

La oscuridad me inunda los sentidos; el sonido del mundo a mi alrededor me absorbe hacia dentro y me aprieta mientras lucho por orientarme. Sigo cayendo, aunque más lentamente, y durante un breve instante mis pies rozan la agradable arcilla del lecho del río. Me impulso contra el suelo, nado hacia arriba en una cascada de burbujas diminutas y salgo por fin a la superficie.

La adrenalina resultante es increíble: me noto fresca y revitalizada de una forma que no esperaba.

Este ha sido mi primer salto; un bautismo de bienvenida.

Me paso los dedos por el largo pelo rubio y me lo aparto de la cara mientras expulso parte del agua que ha conseguido entrar por la garganta. A la vez que escupo y toso, Isaiah sale a mi lado en la poza oscura.

—¿Estás bien, Rose? —Se ríe mientras mira cómo me recompongo con cierta torpeza.

—Genial —respondo—. ¡Alucino con lo que acabo de hacer! ¡Dios es bueno! —Isaiah no puede evitar sonreír aún más mientras flotamos en el agua, uno junto al otro, saboreando la calma inesperada tras semejante hazaña.

Se hace el silencio, que envuelve la escena en una incómoda quietud.

Estaba la mar de relajada y ahora me noto tensa. ¿Por qué estoy tensa?

Al final, no puedo más. Le salpico un poco de agua a Isaiah en la cara y dejo que la presión se disipe con unas risas sinceras.

—Voy a saltar otra vez —anuncio antes de meter la cabeza debajo del agua y nadar hacia la orilla rocosa que tengo más cerca.

Mientras volvemos a casa en el viejo Jeep de Isaiah, no puedo evitar fijarme en cómo bailan sus ojos por el panel calefactor de la consola central, centrados en un dial que queda precariamente desplazado hacia el extremo más caliente. Intuyo que Isaiah quiere decirme algo —o quizá quiere que se lo pregunte yo—, pero le da demasiado apuro.

A decir verdad, esto se está convirtiendo en una constante con Isaiah, y no sé por qué. Somos amigos desde hace mucho tiempo y siempre le he agradecido que me apoye en las buenas y en las malas, que sea un hombro en el que llorar y una gran compañía cristiana en estos largos días.

—¿Qué pasa? —pregunto al final.

Isaiah se hace el tonto y me mira desde el asiento del conductor mientras el Jeep avanza con un ruido sordo. Los árboles del bosque han empezado a ceder y ya asoman las modestas casas residenciales de Neverton.

Arropadas en la ladera de una cordillera en forma de herradura, estas estribaciones dan la sensación de estar separadas del resto del mundo. Aunque hacia el este se extiende un vasto paisaje de onduladas tierras de cultivo doradas, la mayor parte de este condado está envuelto en un misterioso bosque de hoja perenne que oculta nuestra aldea como si fuera un secreto mientras, más allá, se alzan unos picos amenazantes.

Reconozco cada intrincado tramo de esta ruta; tengo las señales y las aceras grabadas en lo más profundo del alma. Es un humilde pueblo de Montana de 15.000 habitantes, por lo que orientarse no es un gran logro, pero desde luego hace que te des cuenta cuando el conductor no está prestando atención.

—Ese era el desvío —le recuerdo, indicando una ruta que habíamos recorrido mil veces antes—. Pero puedes salir por el siguiente.

—Lo siento —se disculpa Isaiah, sacudiendo la cabeza y secándose la frente. Vuelve a mirar el calefactor—. ¿Seguro que quieres tenerlo puesto tan alto?

Noto que se está poniendo un poco rojo y que suda a mares mientras el coche se sigue llenando de aire caliente.

—¿Te encuentras bien? —pregunto.

—Hace mucho… calor aquí dentro. —Isaiah por fin va al grano—. ¿Puedo bajar la calefacción?

Asiento con la cabeza.

Últimamente, tengo la sensación de que soy incapaz de entrar en calor, como si estuviera atrapada en episodios esporádicos de un frío incómodo. Me llegan sin previo aviso, y la parte más curiosa de mi mente se pregunta si podría ser síntoma de un trastorno más grave.

Aún no se lo he contado a mis padres, porque cuando estoy lo bastante enfadada como para tomar cartas en el asunto, ya se me ha pasado el frío.

No digo nada mientras Isaiah ajusta un poco la temperatura. Se hace el silencio entre los dos.

—Ha sido un día largo, ¿eh? —comenta mi amigo al final.

Asiento de nuevo y al mirar por la ventanilla veo una serie de rostros familiares. Reconozco a la mayoría de la gente que pasea esta tarde: familias alegres y temerosas de Dios que salen a dar un paseo vigoroso mientras disfrutan de una espléndida puesta de sol morada.

—Me gusta mucho estar contigo —declara Isaiah.

Miro a mi amigo y aprecio la sinceridad de sus palabras.

—Gracias. Lo mismo digo.

—¿Lo mismo dices? —repite, como si mi respuesta necesitara más explicación.

—Que a mí también me gusta estar contigo —aclaro—. Eres un buen amigo.

Isaiah parece algo confundido por mi respuesta, pero es que no sé qué más quiere de mí. Me encantaría indagar más y averiguar qué le pasa, pero ahora mismo me muero de hambre y estoy un pelín distraída. Isaiah no mentía cuando ha dicho lo largo que había sido el día, y después de cinco o seis saltos y las consiguientes subidas a lo alto del acantilado, tengo antojo del dulce alivio de la grasa y el azúcar.

Menos mal que mis padres me aseguraron que la cena estaría esperándome cuando llegara a casa.

Seguimos un rato más en silencio, hasta que Isaiah estira la mano y reajusta el calefactor, expulsando el aire caliente una vez más para complacerme.

—Gracias. —Sonrío de forma cortés.

—De nada —responde, extrañamente taciturno.

Al final, Isaiah llega a mi casa, accede con el Jeep por el camino de grava y se detiene lentamente con un crujido satisfactorio.

—Gracias por traerme —digo, impaciente por entrar a cenar.

Me desabrocho el cinturón y compruebo que llevo la mochila y la toalla. Abro la puerta sin perder el tiempo y me despido con

la mano antes de salir y cerrarla de golpe tras de mí. Luego me dirijo a toda prisa hacia la entrada.

Aun así, solo he dado unos pasos cuando otro portazo metálico responde al mío. Curiosa, me giro y veo que Isaiah acaba de salir del coche y me sigue con paso firme.

—¡Rose! —me llama.

Le espero y, al poco, quedamos cara a cara.

Su mirada es intensa y emana una marejada de emociones. Siento la inminente cascada de sentimientos, pero su forma y tono siguen siendo un misterio.

No tengo ni idea de lo que puede querer Isaiah.

Mi amigo no dice ni mu, se limita a mirarme fijamente mientras unos pensamientos desconocidos se arremolinan en su mente. Llevo un tiempo viéndole esta expresión, pero parece que hoy ha llegado al punto de ebullición y, para ser sincera, empieza a asustarme.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Isaiah se inclina hacia mí y me besa en los labios en un movimiento rápido que despierta en mí una repulsión inmediata.

Le hago la cobra, asustada y confundida, mientras nos miramos a la cara y luego apartamos la vista. Me cuesta seguir el hilo de lo que está pasando y trato por todos los medios de entender lo que acaba de ocurrir.

—Lo siento —le digo sin pensar—. No quería… Ha sido…

—Ah, creía… creía que… —balbucea.

Poco a poco, veo con una claridad meridiana lo que acaba de pasar.

Sacudo la cabeza, con los labios apretados, y dejo que ese gesto hable por mí.

—Entonces, ¿no estás…? —A Isaiah todavía le cuesta terminar una frase.

—Pues claro que no —respondo.

—Pero yo pensaba que… —repite, con un aire sorprendentemente sumiso para ser un chico tan echado para adelante.

—No —digo mientras sigo agitando la cabeza de un lado a otro.

Isaiah tarda unos segundos en enderezarse, procesando la información en un estado incómodo de rigidez. Se nota que está librando una dura batalla interna, que se esfuerza por tranquilizarse.

De repente, se da la vuelta y empieza a caminar hacia el coche. Sin embargo, antes de llegar al lado del conductor, se deja llevar por un arrebato de violencia y le da un puñetazo a la puerta del acompañante.

Me sobresalto al oír el ruido metálico de la carrocería; al principio de sorpresa y luego de la preocupación por su mano.

Es muy posible que se haya hecho daño.

Isaiah no reacciona al dolor. Rodea el coche por delante, se sube y da un portazo. Arranca y al pisar el acelerador, sale marcha atrás y se aleja esparciendo gravilla por todas partes.

Me quedo ahí plantada en silencio, todavía sin saber cómo reaccionar, mientras el Jeep de Isaiah desaparece por la carretera.

Al final, se abre la puerta detrás de mí y mi padre asoma la cabeza. A la luz mortecina del atardecer, su mandíbula cincelada y sus gafas de montura negra quedan algo ensombrecidas.

—¿Era Isaiah? —pregunta—. Podrías haberle invitado a cenar.

Segundos después, mi padre se da cuenta de que la luz del porche está apagada y suelta un *mmmf* raro que solo los padres saben hacer. Acto seguido, acciona un interruptor e ilumina el porche.

—Ahí está mi chica —dice.

Me acerco solemnemente a mi padre, todavía sin decir palabra, y lo abrazo con fuerza. Así nos quedamos un ratito, mientras dejo que su aura paternal protectora me envuelva, y me aparto cuando me empieza a gruñir el estómago.

Ya huelo la salsa de los espaguetis con ajo que hierve y burbujea en la cocina. Me encanta que mamá haya preparado pasta esta noche.

Mi padre, Luke Darling, es un hombre de mirada bondadosa, rasgos oscuros y gafas gruesas que le hacen parecer Superman.

Claro que, al igual que Peter Pan, no he leído ni un solo cómic de Superman, pero la relevancia cultural de este héroe secular ha impregnado de alguna manera mi vida.

Y es preocupante. Jesucristo es el único superhéroe de verdad.

—Quiero cenar —anuncio.

—Y yo una moto —me suelta mi padre, lo que me arranca un gemido divertido.

Entramos y enseguida me siento envuelta en una calidez espiritual, una sensación acogedora que me derrite el hielo de las venas. Ese escalofrío persistente por fin ha decidido irse y como ha desaparecido sin hacer ruido, casi ni recuerdo que lo he sentido para empezar.

Mi madre, Lisa, me saluda en la cocina con un grito agudo y emocionado.

—¡Rose! —exclama como si llevara años fuera de casa, con un cucharón de madera cubierto de salsa en la mano—. ¡Mi niña ha vuelto!

Mamá me rodea con los brazos y me planta un beso en la mejilla. Cuando se aparta, señala inmediatamente la mesa del comedor y me lleva con dulzura hacia mi sitio, al fondo.

—Espero que tengas hambre —continúa—. I Ie hecho espaguetis.

—Ya los huelo, ya —respondo animada—, con un toque extra de ajo.

Mis padres se miran, emocionados y encantados con esta transgresión culinaria. Esta noche estamos traviesos.

Mamá siempre va arreglada, pero esta noche va especialmente elegante con un vestido verde lima y un collar de perlas. El maquillaje es menos sutil de lo habitual, con un poquitín más de rojo en los labios que no se atrevería a llevar si saliéramos a cenar, y el pelo rubio platino recogido con una cinta blanca en la coronilla. Es una mujer menuda pero con mucha energía, y esta noche su belleza natural brilla con todo su esplendor.

La gente dice que nos parecemos, y ahora mismo me doy perfecta cuenta del piropo que es.

Me siento al otro extremo de la mesa mientras mi madre sigue de un lado a otro de la cocina, en plena faena, para llevar la cena a la meta con un entusiasmo radiante.

Al final, mi padre se acerca y se sienta a mi lado con una mirada peculiar. Me mira como si tuviera algo que decir, con una sonrisa divertida casi imperceptible en las comisuras de los labios.

—¿Qué? —pregunto.

—Esta noche veo la luz del Señor en ti —me dice. Y es un cumplido que me gustaría tomarme en serio si no fuera porque este mensaje de amor va ligado a algo que no entiendo.

Instantes después, mamá nos pone un plato enorme de espaguetis delante, de cuya salsa roja sale un vapor que nos inunda las fosas nasales con un aroma intenso.

—¡Luke! —exclama mi madre con tono juguetón—. ¡Dale un momento!

Mi padre sonríe y se echa hacia atrás en la silla, sin dejar de mirarme con picardía.

—A ver, ¿qué está pasando aquí? —Miro a uno y a la otra mientras mi madre toma asiento.

Mi pregunta queda sin respuesta cuando la conversación se interrumpe de repente: Luke y Lisa extienden las manos para tomar las mías y agachamos la cabeza. Nadie dice nada mientras los tres iniciamos la rutina de la noche.

Rezamos juntos, con los ojos cerrados, mientras las palabras salen de nuestra boca con la cadencia de siempre.

—Bendícenos, Señor, y bendice estos obsequios tuyos que estamos a punto de recibir de tu generosa providencia, por Cristo nuestro Señor. Bendícenos para que sepamos reconocer nuestro lugar en tu Reino como humildes siervos. Bendícenos para que podamos servir al Señor y los corderos dignos se salven cuando la balanza de los fines se encuentre con la balanza de los medios. Bendice al Reino del Pinar, que alumbra el sendero oscurecido por el que camina nuestro Pastor. Amén.

Empiezo a levantar la mirada, pero mi padre se lanza a bendecirnos de nuevo antes de que pueda hacerlo. Es evidente que esta noche se ha empapado del espíritu.

—Y bendice al Profeta Cobel por la sabiduría que nos ha conferido. Bendice los Cuatro Preceptos que nos guían. Sin embargo, y por encima de todo, bendice a nuestra hermosa hija en este día tan importante. Amén.

—Amén —respondemos mi madre y yo a su vez.

Los tres alzamos la mirada una vez más, y hacemos una breve pausa antes de ponernos manos a la obra y repartir un poco de pasta.

Lisa no puede evitar reírse para sus adentros.

—Por encima de todo —repite, sacudiendo la cabeza—. No te hagas el listo, Luke.

Se refiere a la parte en la que mi padre ha antepuesto mi bendición a la de los Cuatro Preceptos y al Profeta Cobel. Esto está mal y me incomoda un poco, pero parece que esta noche nos lo estamos tomando todo de una forma más relajada.

Lo único que puedo hacer es mantener el orgullo a raya y hacerlo yo mejor cuando me toque dirigir.

Por respeto, esta noche repaso mentalmente los Cuatro Preceptos, centrándome especialmente en el número tres.

Respeto: honraré aun cuando no comprenda.
Integridad: creeré aun sin haber visto.
Servicio: me entregaré aun con el peso de mi pecado.
Excelencia: perseveraré aun cuando desfallezca mi cuerpo.

—¿Y bien? —comienza mamá, con una curiosidad que se apodera de su tono y lo eleva a una frecuencia risueña y cantarina—. ¿Qué tal tu cita?

Enarco una ceja mientras pincho la masa de pasta que tengo delante, totalmente confundida. Empiezo a girar el tenedor.

—¿Qué cita?

—¡La tuya con Isaiah!

No puedo evitar reír.

—¿Lo de la poza? Ha sido divertido, pero no era una cita. Solo somos amigos.

El frío que había sentido antes me invade otra vez, hace que se me agarrote la mano y que mi cuerpo se mueva torpemente en la dura silla de madera.

Mis padres vuelven a mirarse, como si se pasaran un testigo tácito. Mi padre carraspea un momento, dispuesto a tomar el relevo.

—Es un chico guapo, ¿no crees? —sugiere mi padre.

Me encojo de hombros.

—Bueno, sí.

Mamá mete baza, incapaz de esperar más de una pregunta y respuesta antes de volver a la carga:

—¿No te gusta? ¿No quieres tener novio?

El tema me supera y se me escapa una risita.

En casa, todos adoramos a Jesús, pero mis padres son los que más enarbolan esta bandera y enaltecen mi fe a diario. Soy muy afortunada de tener a dos guerreros espirituales a mi lado, y gracias a su ferviente devoción he acabado adoptando su innata severidad paternal.

La idea de que me animen a tener novio es chocante. Supongo que mi reciente vigésimo cumpleaños podría haber sido el detonante, pero están tomando un rumbo tan alarmante que me pregunto si no será una trampa.

—Creo que ahora debería centrarme en el instituto —digo, esperando que esto sea lo que quieren oír.

Mi madre extiende la mano y la pone sobre la mía, lo que me hace devolver un puñado de espaguetis al plato.

—Cielo —empieza mi madre otra vez con suavidad—, el Señor quiere que formes una familia. Ahora eres una mujer, y encontrar pareja es una parte muy importante de Su plan. Sé que en el pasado hemos sido un poco… estrictos al respecto, pero debes saber que ahora está bien.

No sé muy bien cómo reaccionar, con la mirada clavada en la mesa.

Mi padre carraspea, señal de que está a punto de lanzarse a una breve disertación sobre teoría religiosa.

—¿Sabes? Cuando Tobias Cobel estableció los Cuatro Preceptos, lo hizo de una manera bastante ingeniosa. Mucha gente lo ve como un hombre de fe y espíritu emprendedor, que lo era, pero también era padre de familia.

—«Precepto número cuatro: Excelencia» —interviene mi madre—. «Perseveraré aun cuando desfallezca mi cuerpo».

Ya sé a dónde quieren llegar con esto, pero respeto el momento y escucho con atención.

—«Para seguir viviendo» —continúa papá—. Eso puede significar que tu espíritu asciende al cielo o que un negocio que has construido sigue generando beneficios. También puede significar que tu linaje familiar sigue vivo.

Asiento.

—Entendido —es cuanto se me ocurre decir.

—Te gusta Isaiah, ¿verdad? —insiste mi madre, repitiendo la pregunta inicial—. Bill y Anna nos han dicho que tú le gustas mucho.

Ahora me doy cuenta de que cualquier negación con respecto a esta supuesta cita será descartada de inmediato y volveremos otra vez al punto de partida. No hay duda de que quieren oír una respuesta concreta, y si quiero comerme estos espaguetis en paz tendré que dársela.

Aun así, me niego a mentir. Es pecado.

—Pues ha sido un buen día —respondo, intentando transmitir todo mi entusiasmo—. Isaiah es muy… majo.

Inmediatamente, desaparece la tensión en la mano de mi madre. Me suelta y tanto ella como él se recuestan en la silla, dándome por fin un momento de descanso.

No levanto la vista mientras como, pero por el rabillo del ojo los veo cómo me observan con suma satisfacción. Ni siquiera tocan

la comida, solo se dejan embargar por la gratitud como si yo fuera una niña pequeña que por fin ha aprendido a caminar.

Al final, la velada vuelve a la normalidad y mis padres empiezan a comer. Parece que mi escueta respuesta ha bastado para satisfacer lo que fuera que buscaran.

Aun así, me siguen rondando por la cabeza un montón de preguntas. ¿Por qué habrían hablado con los padres de Isaiah sobre nuestro día en la poza? Todo el mundo en Neverton está muy unido, sí, sobre todo los miembros de la congregación, pero que yo supiera, Bill y Anna no tenían una relación muy estrecha con mis padres.

Intento no darle importancia y avanzar, pero las circunstancias de esta velada se me quedan grabadas en la mente, imposibles de borrar por mucho que intente ignorarlas.

Entonces, la curiosidad se apodera de mí y me vuelvo hacia mi madre.

Abro la boca para hablar, pero en lugar de que me salgan palabras coherentes, me veo presa de una tos inesperada.

En un acto instintivo, tomo el vaso alto de agua que está sobre la mesa, a mi lado, le doy un buen trago al líquido fresco y vuelvo a intentarlo. Sin embargo, esta vez ocurre lo mismo, pero a mayor escala.

Algo me cosquillea al fondo de la garganta y me llena de frustración mientras intento hablar e, incluso, respirar. Empiezo a toser con más fuerza mientras mis padres me miran con cara de preocupación.

—¿Estás bien, cielo? —me pregunta papá.

Otro acceso de tos repentino me desatasca la garganta y el aire sale con fuerza de dentro, expulsando la semilla de mi malestar en un único estertor.

Me entran náuseas y hago un esfuerzo por recomponerme mientras mi padre me da una palmadita en la espalda con cariño.

—¿Se te ha ido por el otro lado? —pregunta con una risita.

Asiento con la cabeza y le doy otro trago al vaso de agua. Miro el plato de espaguetis que tengo delante, esperando encontrar al culpable, y doy un grito ahogado… y casi me atraganto otra vez.

Un pequeño insecto negro se retuerce sobre la pasta, embadurnado de salsa, aleteando en un vano intento de escapar.

—¡Dios bendito! —exclama mi madre, que se echa hacia delante para verlo mejor.

Mi padre hace lo mismo, ajustándose las gafas mientras trata de ver bien al invitado inesperado.

Toda la familia se queda muda por un momento, aturdida.

—Se lo habrá tragado sin querer, pobrecito —sugiere papá.

Abro la boca para responder, pero este simple movimiento provoca un espasmo repentino que me oprime la garganta. Suelto un sonoro eructo bestial y una cascada negra me brota desde lo más profundo, se abre paso por el esófago y acaba derramándose en el plato.

La convulsión es tan violenta que mis padres casi se caen de espalda, gritando del susto mientras se apartan en un acto reflejo.

Cuando por fin dejo de vomitar, bajo la vista horrorizada y temblando como un flan, mientras trato de entender qué es esa masa extraña y viscosa que ahora se amontona sobre mi plato de pasta y se dispersa por la mesa.

El montón negro se mueve, se sacude y se arrastra sobre sí mismo: unas alitas diminutas se agitan y unas patitas minúsculas lanzan patadas al aire. Grito al darme cuenta de que no se trata de un líquido tóxico, sino de una papilla oscura de seres vivos, de mosquitas que han nacido en mis entrañas y que han terminado expulsadas de repente.